

—La verdad es que curásteis en dos dias.

—Eso es muy cierto, pero continuad.

—Pues habeis de saber que mi gozo en el pozo! Cuando vi que pasábamos de la hermosa barraca de la reina y de la del rey, y que el paje me metia en otra, tambien muy buena barraca, en uno de cuyos compartimientos, muy alfombrado y muy cubierto de tapices, y con mucho lujo, y oliendo á mirra y aloe, estaba la señora doña Juana Nuñez de Lara hecha un serafín de hermosura, y que se quedó sola conmigo..... Doña Juana estaba muy pálida y muy ojerosa, y algo flaca, como quien come y duerme mal, porque tiene el alma triste; pero qué quereis, á mí me pareció mas hermosa que otras veces.

—¿Sois, me dijo, el albéitar de la compañía del caballero del Aguila Roja?

—Sí señora, la respondí.

—Dicen que tambien sois médico y astrólogo judiciario y saludador:

—Todo menos eso, señora, respondí; lo de saludador es una calumnia de alguien que me quiere mal.

—No paseis miedo por mí, dijo doña Juana, que yo no me asusto de nada. ¿No es cierto que conoceis las virtudes de las yerbas?

—Sí señora, la respondí, enseñóme un moro que era un sabio en esto de conocer la virtud que cada yerba tiene.

—Os advierto, me dijo doña Juana, que si no quereis hacer lo que yo os mande, sois hombre muerto, y que si revelais á alguien lo que vais á oír, nadie os creerá, y yo me ahorraré de mandar que os maten, porque haré que os castiguen á sangre, por calumniador.

—¡Cáscaras! dijo Zancudo; pues ahora no estraño que esteis tan pensativo, compadre: y si supiérais que doña Juana es capaz de hacer lo que dice.....

—Ya se le conoce; y estoy que no me llega la camisa al cuerpo: pero oid, despues de haberme leído la sentencia, doña Juana me dijo:

—Necesito el zumo de una yerba que mate, y el zumo de

otra que me traiga la voluntad de la persona que yo quiera. ¿Es eso posible?

—Yo sé muchos secretos, la contesté, para ligar voluntades, para hacer que una persona que aborrece á otra cambie su aborrecimiento en amor: sé tambien cómo se mata con yerbas, aunque no he matado nunca de esta manera, ni mataré: cuando yo he matado, ha sido en lid campal, lanza contra lanza, á enemigo armado.

—Tomad, dijo doña Juana, dándome un bolsillo en que habia en doblas viejas alfonsinas mas de mil maravedises.

—¿Y qué hicisteis vos? preguntó con sumo interés Zancudo.

—Yo no me acuerdo de lo que entonces hice, porque estaba muy turbado; pero cuando me volví acá, me encontré con que tenia en la escarcela el bolsillo.

—¿Y qué dijisteis á doña Juana?

—Tampoco me acuerdo si la dije sí ó no á lo que queria; pero la verdad es que no me veo: porque mirad, si la doy lo que quiere, cometo un delito que no pueden perdonarme ni Dios ni los hombres, y si no se lo doy, doña Juana es capaz de hacer que me maten.

Despues de esto, callóse el Zurdo, y se quedó profundamente pensativo.

## V.

Durante algunos minutos, Zancudo guardó silencio, profundamente pensativo tambien.

—¿Para qué quiere, dijo al fin Zancudo, doña Juana Nuñez de Lara, una yerba que mate y otra yerba que la dé el amor de una persona? Pues sabiendo lo que yo sé, esto no es acertijo, sino claridad: lo que doña Juana Nuñez quiere, es quedarse viuda, y para esto necesita matar á su marido: si quiere quedarse viuda, es porque quiere casarse con nuestro capitan, y para

casarse con él, viuda ya, es necesario que nuestro capitán la ame. No veo inconveniente en que sirvais á doña Juana Nuñez de Lara, señor Diego de Moron; porque matando al infante don Enrique, haceis un beneficio, no digo yo á Castilla, sino á toda la cristiandad, y haciendo de manera que doña Juana Nuñez de Lara se case con don Gutierre de Silva, nos haceis un gran beneficio á nosotros, porque ya veis, que nuestro capitán valdrá mucho mas emparentado con la poderosa casa de Lara.

—¿Y para qué quereis vos mas beneficios que los que ya tenéis? En primer lugar, os han hecho caballero y os han dado armas, y por cierto que buenas, cabeza de oro en campo de gules.

—Eso fué por una cabeza aragonesa que me vió cortar el capitán.

—Os han dado además soldada doble de alferez, y os mantienen paje y escudero como un señor, y os llaman don como al rey.

—Pero de moneda, *nequaquam*; y luego que todo eso lo he ganado yo muy bien ganado, y no me han hecho gracia, porque al fin, al que le dan lo que gana, no le dan mas que lo que deben: por supuesto, que la culpa tiene el capitán, que no me dejó ir á tomar con diez lanzas ese castillejo de Candau que tenemos ahí, á media legua, á la izquierda, que me hubiera servido para empezar á fundar señorío, que es lo que yo quiero; porque hasta que me vea rico hombre y con vasallos, no paro, y gracias que me pare ahí, porque un hombre como yo, ha nacido para grandes cosas, y luego que no tengo mas que veintiocho años, y hasta los cincuenta, y á un mediano paso que se lleve, ya podeis calcular hasta dónde puede llegarse: no, si no, estaos quedo, y os comerán por el pié: lo que yo os digo, que ó soy mucho, ó reviento.

—¿Y por dónde os vino la caballería, señor Zancudo, por doña Juana Nuñez de Lara, por el capitán, ó por la reina?

—Por los tres á la vez: pero lo que noto es que se me os vais escurriendo y no quereis entrar en la conversacion de la ponzoña y del filtro amatorio.

—No me atosigéis, don Melchor, no me pongais mas triste

de lo que ya lo estoy; yo no me atrevo á hacerlo ni á dejarlo de hacer, porque cualquiera de los dos caminos que tome es muy malo.

—El mejor camino que podeis tomar, dijo Zancudo, es hacer lo que doña Juana os pide; porque mirad, la enemigo en la cabeza; y que es enemigo nuestro y del género humano el infante don Enrique, no hay que dudarle: ya veis, apenas ha venido aquí, y ya lo ha echado todo á perder, y esto no es mas que al principio, que ya, ya vereis lo que hace si no se le corta el revésino.

—Pues mirad, dijo el Zurdo levantándose de repente y metiéndose en la barraca, allí tengo lo que doña Juana quiere.

Y señaló á las tablas donde estaban los botes y las redomas.

—¿Veis aquella que parece agua clara?

—Sí que veo.

—Pues aquello es zumo de acónito, sacado y muy bien sacado por estas manos pecadoras, y que lo tengo ahí, porque me sirve para cuando á los caballos se les pone la sangre agria. Pues mirad, con que doña Juana le eche á su marido lo que cabe en el cascaron de un huevo de eso que hay ahí, se le para el corazón al infante, y se va á la eternidad: ¿y veis aquella redoma de color dorado? aquello, aquello lo tengo yo para unir, para amasar voluntades, porque aunque yo no me he casado nunca, no creais por eso que á mí no me gustan las mujeres, y como no soy nada hermoso y nada jóven, tengo que valerme de mis medios. Por cierto que tiene una doncella doña Juana Nuñez de Lara, á quien le tengo yo que dar una esencia para que se la eche en la ropa.

—Señor Diego de Moron, exclamó Zancudo; os advierto que, como llegéis á valeros de vuestras artes diabólicas con esa niña, os labro yo á hierro, mucho mejor que vos me labrásteis á fuego, y os dejo en dos periquetes en disposicion de que no os duela nada: esa hembra es cosa mia, y me come por lo menos la mitad de mi soldada de alferez, y por lo menos se les come el quinto de la ración á mis caballos.

—Perdonad, don Melchor, perdonad; pero como doña Juana Nuñez tendrá mas de una doncella, es muy posible que la que á mí me gusta no sea la que os gusta á vos.

—Doña Juana Nuñez tiene un ejército de doncellas, entre las que podeis elegir la que mejor os plazca; pero la que vos habeis visto, sin duda es Cinta, la que siempre está al lado de su señora, y si no, veamos: ¿la que vos habeis visto, no es blanca, ojinegra, pelinegra, regordeta, muy colorada y muy viva y siempre muy emperifollada, como de diez y siete á diez y ocho años?

—Sí señor, que esa es, dijo suspirando Diego de Moron.

—Pues esa es la mia, y os advierto que se viene detrás de mí como un perrito, y que me quiere que ciega, y que es hidalga de las montañas de este reino de Leon, y que tiene algun haber, y que su señora la da muy buen dote, y que yo la voy á hacer dama, porque tenemos tratado el casarnos; con que así, no la enviéis aguas de olor, no sea que vayais á oler á difunto antes de tiempo.

—Perdonad, perdonad, don Melchor, que yo no sabia que tan cosa vuestra era esa doncella, y por eso no hay que apurarse, que yo echaré la red por otro lado.

—Yo encargaré á Cinta busque entre las doncellas de su señora una buena, y que no tenga novio, para quitaros de ruido, y á esa se os permite que la adobeis y la lleneis de aguas de olor desde los piés á la cabeza, y hagais que por vos se vuelva loca. Pero lo que vamos á hacer ahora, es que vos tomeis cantidad de la una y la otra medicina, y os vengais conmigo al campo real y á la barraca de doña Juana Nuñez de Lara.

—Mirad que no me atrevo, don Melchor.

—Pues si no os atreveis, me atrevo yo; dadme esas dos aguas, que yo me las llevaré, y no sabrá nadie mas que doña Juana que vos me las habeis dado.

—Pues allá vos con Dios y con el mundo, dijo Diego de Moron, que yo de esto me lavo las manos.

Y tomando de una de las tablas dos botecillos pequeños de vidrio ordinario, los enjuagó, puso en ellos parte del líquido de

las dos redomas que habia indicado, tapó los botecillos con cera, y los entregó á Zancudo.

—¿Con que os quedais? dijo Zancudo guardándose los botecillos en la escarcela.

—Sí señor, me quedo, que no quiero que me vean entrar y salir mucho en la barraca de doña Juana, y ya que la cosa está hecha, acordaos bien: el botecillo que parece que está lleno de agua clara, es el acónito; el otro, que tiene el agua dorada, el filtro amatorio; con que adios, que si habeis de entrar en el campo real, habeis de llegar antes de que oscurezca.

—Teneis razon, dijo Zancudo, muchas gracias, y hasta la vista.

Y se fué.

Salió del campo del caballero del Aguila Roja, atravesó un gran espacio descubierto por encima de una loma árida y desnuda y cubierta de un césped ceniciento, yendo á dar en el campo real, que era inmenso, porque á él estaban unidos los campos de don Diego y don Juan Alfonso de Haro, y el del maestre de Santiago, don Juan Ozores.

Mas abajo, á lo lejos, en el declive de la colina, se veian otros pequeños campos de ricos hombres y mesnaderos que servian á la reina.